



J. C. CAZIN. Judith; la partida.

EXPOSICION DECENAL

Pintura de historia

Cuando se entra en el palacio de Bellas Artes por el vestíbulo central, aparecen á la vista bajo la cúpula misma, decorada de blanco y azul, algunas muestras de talento de nuestros más ilustres estatuarios, de cien años acá: los Rudes, los Carpeaux, los Baryes, los Rodin. A la izquierda están las galerías de la pintura extranjera y á la derecha las pinturas francesas. Como es de razón, las diversas secciones continúan en el primer piso, donde forman como un cinturón al Salón del Siglo. Respecto de Francia, se han reunido en lo posible los cuadros de cada uno de los artistas, de manera que sea fácil, aun en un breve paseo, hacerse cargo de las aptitudes, de los estilos y tendencias.

De esta manera, tenemos la colección de Carolus-Duran, la de M. Bonat, la de M. Henner, la de Meissonnier y las de Roll, Gervex, Duez, Dagnan-Bouveret, Lhermite, Cazin, Besnard, Carrière, etc.

No hablo de Puvis de Chavannes, que ocupa á estas horas entre nuestros pintores un lugar tan distinguido. Muchos de sus lienzos de caballete (el *Hijo pródigo*, las *Doncellas á la orilla del mar* y aun un boceto de la *Vida de Santa Genoveva* del Panteón) están reunidos en la exposición secular; pero él no figura en la exposición decenal, sino por la mención, inscrita en el catálogo, de sus últimas obras decorativas del Museo de Amiens, del Museo de Lyon y del hemicycle de la Sorbona. Afirmo en todo caso que su acción se comprueba en presencia de todos los ensayos de decorado que se nos han exhibido.



E. DETAILLE. El sueño

De la pintura de historia es de lo que voy á decir cuatro palabras. En otro tiempo se entendía por esto solamente lo relativo á asuntos religiosos y mitológicos, los episodios más ó menos antiguos, las alegorías decorativas y, en general, toda composición que justificaba la intervención del desnudo.

Hoy no nos atenemos á estas puerilidades. Se pinta siempre el desnudo, porque el desnudo es eterno, pero nuestros pintores hacen de él particularmente un objeto de estudio y no se cuidan ya poco ni mucho de motivarlo con escenas sacadas de la mitología. No todos son tan bravos como M. Roll, á quien cayó en mientes la idea de pintar una mujer rubia, completamente desnuda, acariciando á un toro negro, á la luz del sol y á la orilla de un campo de trigo, y tituló su obra *Mujer y Toro*, cuando en rigor hubiera podido intitularla *Pasifae*. Pero ¿qué importan los títulos? El artista bautiza como quiere una desnudez pintada. M. Henner nos ofrece una *Mujer leyendo*, que hubiera podido llamar también *Magdalena en el desierto*, y que no por eso deja de tener en su pasta ebúrnea y en su clara encarnación una seducción particular del autor. De M. Besnard he aquí una mujer acurrucada y dorada con los reflejos de una estufa, muy curiosa figura que llama sin rodeos: *Una mujer desnuda calentándose*. También el famoso cuadro de *Rolla*, de M. Gervex: una mujer desnuda, deliciosa de ver, dormida entre sus sábanas y almohadas en desorden, á la sombra de sus cortinas azules y blancas y bañada por la doble luz del alba que nace y de la lámpara que muere. Es inútil prolongar esta lista, en que sería preciso hacer entrar también las trivialidades académicas de Bouguereau, Lefebvre y otros vanos descendientes de Girodet.

Sea como quiera, ello es lo cierto que el desnudo ha decaído de su clásica y solemne importancia. ¿A quién pertenece el primer papel en la pintura actual? ¿Es á la represen-



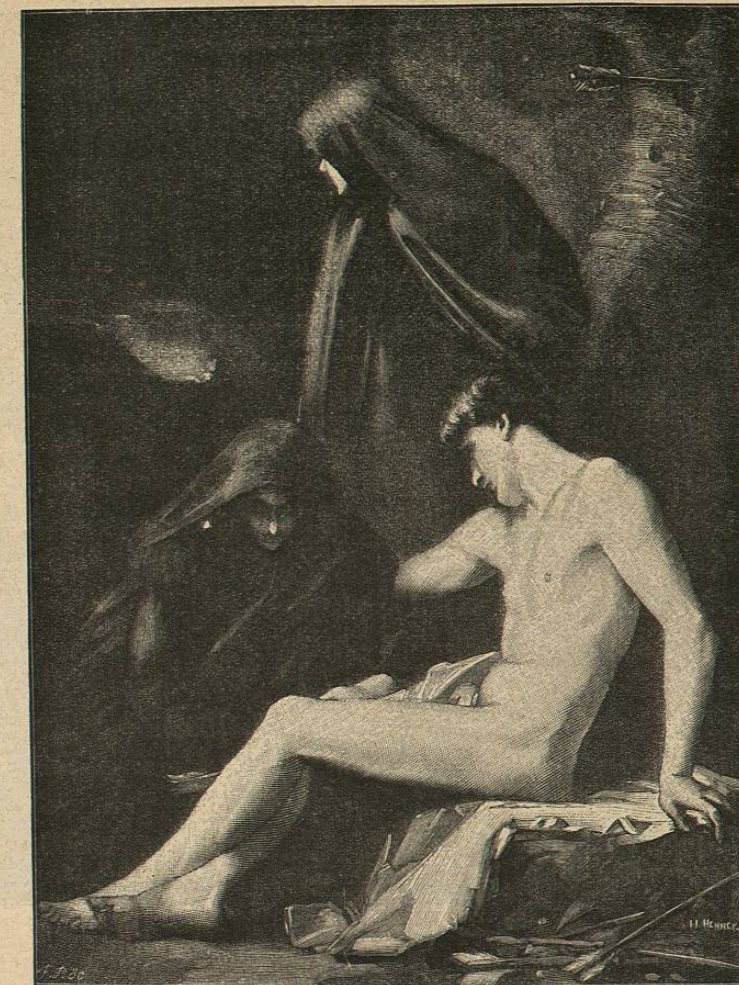
A. ROLL. M. Damoje, paisajista

cimientos lejanos ni á los hombres de otro tiempo en sus cuentos, sino con los colores de hoy é inspirándose en lo que pasa á su vista. Esto es lo que ha hecho Rembrandt en su *Moneda de cien florines*, y lo que ha hecho también Cazin en sus escenas bíblicas como *Agar é Ismael*, del Luxemburgo, *Tobías y el Ángel*, del Museo de Lille, y *Judith salvando de Betulia*, que se ve en el Campo de Marte.

Si las antiguas crónicas no tienen para nosotros el primer interés ¿será la pintura decorativa la que se ponga á la cabeza? El decorado mural se ha renovado y aun agrandado de algún tiempo á esta parte, habiéndose aprovechado de todas las investigaciones hechas y de todos los resultados adquiridos sobre el ambiente luminoso. Las composiciones que desarrolla en las paredes de los edificios, se mueven alternativamente en amplios paisajes y en vastas arquitecturas bien iluminadas y aireadas. Es permitido al decorador dar muestras de su fantasía, pero se le exige también la armonía en la atenuación de los tonos. Queda en libertad de hacer uso de los elementos legendarios, como Puvis de Chavannes, que confía á las paredes de las salas un sueño de humanidad, como Cazin, como Besnard, como Lerolle, artistas soñadores, dados á trasportar la realidad en alegorías ó en símbolos. Otros, como Roll y Gervex, estrechan más de cerca lo real, preocupándose en el más alto grado de la sinfonía de los tonos y de las combinaciones. Por desgracia,

tación de escenas históricas propiamente dichas presentadas con un aspecto de arqueología más ó menos erudito? Nó, por cierto. Las escenas de la Inquisición de M. J. P. Laurens y sus melodramas de Edad media revelan un talento incontestable; pero ese misticismo de *in pace* no nos conmueve ya. Todas las reconstituciones pictóricas de antiguas sociedades, de antiguas costumbres nos inspiran desconfianza. Cuando vemos á un joven pintor como Rochegrosse evocar con gran preparación de escena á *Vitelio arrasado á las gemonias*, la *Muerte de César* y á *Andrómaca separada de Astianax*, clamamos contra la ilustración. Y cuando otro pintor joven como F. Tattagrain, despliega felices aptitudes de paisajista en pintar en una atmósfera de invierno los *Caseleses entregándose á discreción al duque Felipe el Bueno*, sentimos verdaderamente que no haya hecho un uso más moderno de sus felices aptitudes.

El punto actual del género histórico nos parece estar en el decorado monumental ateniéndose á un estilo legendario y aun popular. Nada de arqueología; nada más que naturaleza y humanidad. Imitad al pueblo que no evoca jamás los aconte-



J. J. HENNER. San Sebastián.

al lado de esfuerzos muy serios é importantes en el dominio del arte monumental, veo abundar las fórmulas. El género pastoril, bien que sea inspiración de Puvis de Chavannes, no deja de caer en lo convencional.

¿Nos atenderemos á los cuadros de Oriente? Benjamin Constant continúa estérilmente la tradición del orientalismo romántico, y sus *Cherifas* nos parecen tan problemáticas como sus evocaciones de Bizancio. Ahora queremos un Oriente verdadero, un Oriente gris, un Oriente de paisajista, el Oriente de Marilhat y de Guillaumet. En cuanto á la pintura militar, no puede uno decidirse á ver aun en ella un arte particular: después de todo, no es sino una rama de la pintura de costumbres. Un pintor como Meissonier gasta en ella insignes cualidades de observador, y á veces llega á la grandeza en la exactitud minuciosa. M. Detaille muestra en ella una precisión árida, sin animarse nunca, aun cuando pinte cargas furiosas: su *Sueño*, que figura soldados dormidos en una accidentada llanura, viendo pasar á través de las nubes los gloriosos fantasmas de los antiguos ejércitos franceses, cuadro de algún efecto á primera vista, á pesar de la puerilidad de la visión, no gana en el examen detenido. Tenemos también los soldados de M. Jeannot (*los Flanqueadores*, *los Enamorados*) y estimamos mucho un talento tan variado. No pudiéramos olvidar la *Narración del herido* de León Couturier: un dragón con la cabeza vendada á causa de sus heridas, que refiere su último encuentro á los coraceros del vivac.

Digamos también lo que pensamos del retrato. Verdaderamente el retrato nos lleva más que todo á la pintura de carácter. Nada más francés que el arte del retratista y nuestros pintores, por consiguiente, han hecho en todos tiempos retratos muy bellos é íntimos. Entre nuestros retratistas de renombre nacional, hay que citar á Carolus-Duran, Bonnat y Henner. En el Campo de Marte Bonnat parece fuerte, pero duro y oficial, y Henner, con frecuencia facticio; Carolus-Duran es el que más brilla con su feliz naturalidad, su pintura fácil, flexible y bien colorida. Sus bustos del paisajista francés y de M. Pasteur son chispeantes y ricos de color y de vida.

M. Roll, siempre en primera línea entre los que salen de lo convencional, ha pintado



P. LAGARDE. Los pastores.

al paisajista Damoye en el *hall* de la estación del Norte, al partir para el campo, y á M. Alphand en medio de los trabajos de la nueva Sorbona.

Enamorado de los efectos sutiles, M. Besnard representa á una joven en blanco traje de sarao y á la luz de los candelabros, ó más audazmente aún, nos hace ver á otra dama, esbelta y fugaz, pasando de la irradiación amarilla de un salón muy alumbrado á la azulada sombra de una galería que da á un parque. A Eugenio Carrière se debe el retrato, tan misterioso en su bruma y tan íntimo sin embargo, del escultor Devillez en la labor de su taller. M. Mathey nos da un *Feliciano Rops* de cuerpo entero, en actitud de grabar al agua fuerte; M. Brouillet, dos retratos muy significativos de hombres de letras sentados á su mesa de trabajo, uno grande y otro pequeño, casi en miniatura.

Más aún: muchos artistas gustan en nuestros días de hacer en retratos las figuras de sus cuadros. ¿Qué son sino retratos los grupos de Fantin-Latour *Homenaje á Delacroix*, *Junto al piano* y otros? Retratos son también los grandes lienzos de Roll, el *Astillero*, la *Fiesta popular*. Retratos todos los cuadros de costumbres de todos los artistas sinceros. Así pues, por el retrato, no hay nada que no venga á parar á la pintura de costumbres, la cual es en nuestros días la verdadera pintura de historia, la pintura humana por excelencia, la pintura de la vida.

L. de FOURCAUD



El restaurant rumano. - Esquina de la calle del Cairo

LA SECCIÓN RUMANA

Y EL RESTAURANT RUMANO

El restaurant rumano está en boga desde la apertura de la Exposición; pero no podría decirse que sea un puro testimonio de nuestro gusto por la Rumanía, porque bien que con frecuencia se simpatice en la mesa y con la copa en la mano, la política y las afinidades no tienen nada que ver en el asunto. Más bien la extrañeza del local, la singularidad de la orquesta y la gallardía de las rumanas instaladas en el bar en traje nacional hacen que la gente se precipite para entrar en el establecimiento. Y fuera de esto ¿no está instalado á la entrada de la calle del Cairo que es una de las más notables curiosidades de la Exposición y que no se desocupa desde por la mañana hasta la noche?

Para este restaurant se ha tenido la feliz idea de construir una casa de campesino rumano, especie de *chalet* de techo bajo y prominente, cubriendo una galería que ocupa una gran parte de la fachada. Aquí se ha hecho desaparecer la pared de la fachada y la del lado del Norte, de modo que el restaurant esté al aire libre y cubierto al mismo tiempo. Unas vidrieras ocupan la fachada del Oeste, y en el fondo, algunas escaleras conducen á una plataforma interior, donde se reservan mesas para los clientes más distinguidos. A esta plataforma está adosada en el otro ángulo una especie de casa interior, en que están establecidas las cocinas.

A decir verdad ni es un chalet, ni un Isba; es una construcción rústica, pero elegante, en que abunda la madera, ya esculpida ya pintada, por aquí y por allá, con co-